

SERMON
PARA EL JUEVES
DE LA QUARTA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA MUERTE.

*Cum appropinquaret Jesus portæ Civitatis,
ecce defunctus efferebatur filius unicus Ma-
tris sue.*

Llegando Jesus cerca de las puertas de la Ciudad, sucedió que llevaban á enterrar un muerto, que era hijo único de su Madre. *Luce 7. v. 12.*

¿SE ha visto jamás muerte acompañada de mas lastimosas circunstancias? La muerte arrebató á una madre, viuda y desconsolada, un hijo que era el único sucesor de la familia, de los títulos y de la fortuna de sus mayores; se le quita en la flor de la edad, y quando casi empezaba á vivir; en un tiempo en que libre ya de los accidentes de la niñez, y habiendo llegado á aquel primer grado de razon y robustez en que empieza la edad viril, parecia estar menos expues-

to á los sustos de la muerte, y dexaba ya respirar al amor materno, despues de tantos temores como acompañan los inciertos progresos de la educacion. Los ciudadanos corren en tropel á mezclar sus lágrimas con las de aquella afligida madre; con su compañía procuran minorar su dolor, consolandola con aquellos discursos vagos y comunes, que jamas oye la profunda tristeza; pónense con ella al rededor del triste feretro, honran las exéquias con su luto y su presencia, admiran la pompa de aquel fúnebre aparato, pero no les sirve de instruccion; se acobardan y enternecen, pero no por eso tienen menos apego á la vida; y la memoria de esta muerte vá á borrarse de su alma con la pompa y Magestad de los funerales.

Nosotros, Católicos, asistimos todos los dias con las mismas disposiciones á semejantes exemplares; los movimientos que excita en nuestro corazon una muerte repentina son movimientos de un dia, como si la misma muerte no fuera negocio mas que de un dia: Hacemos muchas reflexiones sobre la inconstancia de las cosas humanas, pero luego que desaparece el objeto que nos asustaba, y que se tranquiliza el corazon, vuelve á quedarse como antes. Nuestros proyectos, nuestros cuidados, nuestro apego á la tierra es tan vivo como si trabajáramos para unos años eternos; y al salir de un espectáculo lúgubre, en el que acabamos de ver el nacimiento, la juventud, los títulos, y la fama arruinarse repentinamente, y ocultarse para siempre en el sepulcro, nos volvemos al mundo mas preocupados, y con mas ansia que antes, de gozar de sus vanos objetos, cuyo polvo y cuya nada acabamos de ver con nuestros ojos, y tocar con nuestras manos.

Hoy, pues, quiero averiguar las razones de un desorden tan deplorable: ¿Queréis saber de qué proviene que los hombres piensen tan poco en la muerte, y que du-

te tan poco la impresion que en ellos hace este pensamiento? Pues oid: la incertidumbre de la muerte nos entretiene y aparta de nuestra alma su memoria; la certeza de la muerte nos asusta, y nos obliga á apartar la vista de esta triste imagen; lo incierto de su hora nos hace vivir con descuido y confianza; el ser cierta é indefectible nos hace temer este pensamiento; hoy, pues, intento impugnar la peligrosa seguridad de los unos, y el injusto temor de los otros; la hora de la muerte es incierta, y así es temeridad en vosotros no pensar en ella, y dexaros sorprehender; la muerte es cierta, y así es locura temer su memoria, pues nunca debeis perderla de vista; pensad en la muerte porque no sabeis á que hora ha de llegar; pensad en la muerte, porque necesariamente ha de venir: este es el asunto de este discurso. imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El primer paso que da el hombre hacia la vida es tambien el primero que dá hacia el sepulcro. Luego que abre los ojos á la luz, se pronuncia contra él la sentencia de muerte, y como si en él fuera delito el vivir, basta que viva para que merezca morir. No fue este nuestro primer destino; el autor de nuestro ser animó en el principio nuestro barro con un soplo de inmortalidad, puso en nosotros un principio de vida, que no podia debilitar ni apagar la revolucion de los tiempos ni de las edades; dispuso su obra con tal orden, que hubiera podido desafiar á la duracion de los siglos, y su harmonía nunca hubiera podido disolverse ni alterarse con ninguna cosa estraña; solamente el pecado secó esta divina raiz, trastornó este feliz orden, armó todas las criaturas contra el hombre, y Adán se hizo mortal luego que fue pecador.

Por

Por el pecado, dice el Apostol, *entró la muerte en el mundo*, (a) Todos la sacamos dentro de nuestro pecho al tiempo de nacer; parece que en las entrañas de nuestras madres hemos mamado un lento veneno con que venimos al mundo, el qual nos vá consumiendo á unos mas presto que á otros, y siempre viene á parar en darnos la muerte. Todos los dias nos estamos muriendo, cada instante nos va quitando una porcion de nuestra vida, y acercandonos un paso mas al sepulcro; el cuerpo se consume; la salud se gasta, todo quanto nos rodea nos destruye, los alimentos nos corrompen, los remedios nos debilitan, el espiritual fuego que interiormente nos anima, nos consume; y toda nuestra vida no es mas que una larga y penosa agonía. En este estado, pues, ¿qué imagen debiera serle al hombre mas familiar que la de la muerte? Un reo condenado á morir, ¿qué puede hallar á qualquiera parte que vuelva la vista sino este triste objeto? y lo poco mas ó menos que hemos de vivir, ¿puede ser motivo suficiente para que nos miremos como inmortales en la tierra?

Es verdad que no es igual la medida de nuestros destinos, unos ven crecer en paz hasta la edad mas avanzada el numero de sus años, y como si fueran herederos de las bendiciones de los antiguos tiempos, mueren llenos de dias en medio de una numerosa posteridad; otros detenidos en medio de la carrera, ven como el Rey Ezequías abríseles la puerta del sepulcro en una edad aún floreciente, y *buscan aunque en vano, como él, el resto de sus años.* (b) Finalmente hay algunos que no hacen mas que manifestarse á la tierra, y acaban su carrera en un dia; son semejantes á las flores de los campos, y casi no hay medio entre el instante que los vé nacer, y en el que se

(a) *Rom. 5.* (b) *Psalm. 38. v. 20.*

se secan y desaparecen ; el fatal momento señalado á cada uno de nosotros es un secreto que está escrito en el libro eterno, que solamente puede abrir el Corde-ro ; todos vivimos sin saber lo que han de durar nues-tros días ; y esta incertidumbre que por sí sola debie-ra bastar para hacernos pensar en aquel ultimo instan-te, nos sirve de motivo para descuidar ; no pensamos en la muerte, porque no sabemos en qual de las dife-rentes edades de nuestra vida la hemos de colocar ; ni aún miramos á la vejez como termino seguro é inevi-table de la vida ; la duda de si llegaremos á ella, que parece debiera servirnos de limitar nuestras esperanzas, hace que las estendamos aún mas allá de esta edad, no hallando nuestro temor cosa cierta en que fijarse, no es mas que un pensamiento vago y confuso que no tiene objeto determinado.

De modo que la incertidumbre que solo debiera re-ducirse á lo poco mas ó menos corto de nuestra vi-da, nos tranquiliza en orden á lo inevitable de nuestra muerte.

Digo pues, Católicos, que entre todas las dispo-siciones esta es la mas temeraria é imprudente, y pongo á vosotros mismos por jueces de esta causa. ¿ Es acaso menos digna de atencion una desgracia que puede suce-der todos los días, que la que solo os amenaza para des-pues de algunos años ? ¿ Acaso porque en cada instante se os puede pedir vuestra alma, la habeis de poseer en paz, como si nunca debierais perderla ? ¿ Por tener siempre pre-sente el peligro, os ha de ser menos necesaria la atencion ? ¿ En qué otro negocio, fuera del de la salvacion, os sirve la incertidumbre de motivo para vivir seguros y descui-dados ? ¿ Os parece tan prudente la conducta de aquel siervo del Evangelio, que con pretexto de que tardaba en volver su amo, y que no sabia la hora en que habia de venir, usaba de sus bienes como si no hubiera de dar cuenta de ellos ? ¿ De qué otros motivos se valió Jesu-

Chris-

Christo para exhortaros á estar siempre vigilantes ? ¿ Y qué cosa hay en la religion mas propia para despertar nues-tros cuidados, que la incertidumbre de nuestra ultima hora ?

¡ Ah Católicos ! Si esta hora estuviera señalada á cada uno de nosotros ; si la venida del reyno de Dios pudiera ave-riguarse por observacion ; si al tiempo de nacer sacaramos escrito en nuestra frente el numero de nuestros años, y el fatal dia en que se han de acabar ; este momento cierto y fijo, por mas distante que estuviera, nos ocuparia, nos turbaría, y no nos dexaria un instante de sosiego ; siempre nos parecería muy corto el tiempo que aún nos faltaba ; esta imagen, que aún contra nuestra voluntad tendríamos siempre presente, nos disgustaria de todo, nos haria in-sipidos los placeres, indiferente la fortuna, y todo el mun-do molesto y enfadoso ; este terrible instante, que nunca podriamos perder de vista, sujetaria nuestras pasiones, extinguiría nuestros rencores, desarmaria nuestras ven-ganzas, calmaria las rebeliones de la carne, y se vendria á juntar con todos nuestros proyectos ; y nuestra vida, determinada de este modo á un cierto numero de dias fijos y conocidos, no sería mas que una preparacion para aquella ultima hora ; ¿ dónde está nuestra prudencia, Ca-tólicos ? La muerte vista de lejos en un punto fijo y de-terminado nos asustaria, nos desprenderia del mundo, y de nosotros mismos, nos llamaria á Dios, y nos ten-dría continuamente ocupados en su memoria ; y esta misma muerte siendo incierta, pudiendo venir todos los dias, y en cada instante ; esta muerte que nos ha de sor-prehender, que ha de venir quando menos pensemos ; es-ta muerte que acaso está ya á la puerta, no ocupa nues-tra memoria, y nos dexa tranquilos : ¿ Pero qué digo ? ¿ Dexa en nosotros todas nuestras pasiones, todas nuestras inclinaciones pecaminosas, toda nuestra ansia por el mundo, por los deleites, y por la fortuna ? Y por-que no sabemos con certeza si hemos de morir hoy, vi-

vi-

vimos como si nuestros años hubieran de ser eternos.

Reparad, Católicos, en que esta incertidumbre está acompañada de las circunstancias mas propias para asustar, ó á lo menos para tener ocupado á un hombre prudente, y que sabe usar de su razon. Primeramente, lo repentino que debéis temer de aquel último día, no es un accidente tan raro y único, que suceda solamente á algunos pocos desgraciados, y que sea mas prudencia despreciarle, que precaverle: Para que la muerte os coja repentinamente no es menester que cayga sobre vosotros un rayo, que quedeis sepultados entre las ruinas de vuestras casas, que os traguén las aguas en un naufragio, ni otras muchas desgracias de este genero, que aunque por su singularidad son muy terribles, por lo mismo son menos de temer: Esta es una desgracia familiar, de la que todos los días estamos viendo muchos exemplares: A casi todos los hombres coge repentinamente la muerte; todos la ven llegar quando la juzgaban mas distante; todos se dicen á sí mismos, como aquel loco del Evangelio: *Alma mia descansa; ya tienes riquezas para muchos años.* (a) De este modo murieron vuestros parientes, vuestros amigos, y casi todos aquellos á quienes habeis visto morir: Todos os han dexado admirados de la prontitud de su muerte; esta la atribuísteis á la imprudencia del enfermo, á la ignorancia de los Medicos, y á la mala eleccion de los remedios; pero la razon unica y segura es, que el día del Señor siempre nos coge de repente. El mundo es un dilatado campo de batalla, en donde siempre estamos peleando con el enemigo; aunque hoy hayais salido con felicidad de la pelea, habeis visto perecer á muchos que esperaban salir como vosotros; mañana es preciso volver á entrar en la batalla, y pues quién os ha dicho que la suerte que para los otros ha sido tan desgraciada, ha de ser constantemente feliz para vosotros solos? Y pues es indefectible que

(a) *Luc. 17. v. 19.*

algun día habeis de perecer en la lucha, ¿os parece cosa digna de la razon el edificaros una morada estable y permanente en el mismo lugar que acaso está destinado á servir de sepulcro? Contemplaos en el estado que quisiereis, no hay momento que no pueda ser para vosotros el ultimo, y que no lo haya sido á vuestra vista para algunos de vuestros proximos: No hay accion, por mas heroica que sea, que no pueda terminarse en las eternas tinieblas del sepulcro. Herodes fue herido de muerte en medio de los locos aplausos de su pueblo: No hay día, cuya solemnidad no pueda acabarse con vuestra pompa fúnebre: Jezabél fue precipitada en el mismo día que habia escogido para dexarse ver con mas fausto y ostentacion en las ventanas de su palacio: No hay festin delicioso que no pueda servir de mortal sustento: Baltasar espira en un suntuoso banquete. No hay sueño que no os pueda llevar al sueño eterno: Holofernes en medio de su exercito, vencedor de reynos y provincias, muere á los filos de la espada de una simple muger Israelita. No hay delito que no pueda poner fin á los demás: Zambri halla una muerte infame en las mismas tiendas de las hijas de Madian. No hay enfermedad que no pueda ser el fatal termino de vuestros días, y continuamente estais viendo que las enfermedades mas leves engañan las conjeturas del arte, y la esperanza de los enfermos, y que repentinamente paran en la muerte: En una palabra; figuraos en qualquiera circunstancia de vuestra vida que podais hallaros, apenas podreis contar los que han muerto en ella quando menos pensaban, sin que halleis cosa que os pueda asegurar de que no os sucederá lo mismo: Vosotros lo decís, vosotros lo confesais; pero esta confesion tan terrible no es mas que un discurso que proferís por costumbre, sin que jamás os sirva para usar de precaucion alguna que pueda defenderos del peligro.

En segundo lugar; si esta incertidumbre se redujera solamente á la hora, al lugar, ó á algun genero de muerte

Tomo V.

Hh

que

que os amenaza, no sería tan terrible: Porque por último, ¿qué le importa al Christiano, como dice San Agustín, el morir entre sus parientes, ó en regiones estrañas, en la cama de su dolor, ó en el seno de la mar? Lo que le importa es morir en la piedad y en la justicia: Pero lo mas terrible en este asunto es, que es incierto si morireis en el Señor, ó en vuestro pecado: El que no sabeis lo que habeis de ser en el otro mundo, en donde no se ha de mudar jamás de condicion: En qué manos caerá vuestra alma al salir del cuerpo, sola, estrangera y temerosa: Si será rodeada de luz, llevada á los pies del trono sobre alas de espíritus bienaventurados, ó cercada de una espesa nube, y sepultada en el abysmo: Os hallais entre estas dos eternidades, y no sabeis la que os ha de tocar: Solamente la muerte os descubrirá este secreto, ¿y es posible que vivais tranquilos en esta incertidumbre, y que la habeis de esperar con indiferencia, como si no hubiera de decidir en cosa alguna que os perteneciese? ¡Ah Católicos! Si todo hubiera de acabarse con nosotros, el impío tendria alguna razon para decir: No pensemos en el fin de nuestra vida, comamos y bebamos, que mañana moriremos: Quanto mas amable le fuera la vida, mas razon tendria para temer la muerte, la que para él no sería mas que una aniquilacion de su sér. Pero nosotros, á quienes la fé descubre para en adelante unas penas, ó unas recompensas eternas; nosotros que debemos llegar á la muerte, inciertos de esta terrible alternativa, ¿no es locura: ¿Qué digo, locura? ¿No es furor, no usando, como á la verdad usamos, del lenguaje del impío; comamos y bebamos, que mañana moriremos; el vivir como si pensáramos del mismo modo que él? ¿Podremos estar ni un solo instante sin pensar en este decisivo momento, y sin suavizar con las precauciones que dicta la fé, las turbaciones y espantos que esta incertidumbre pone en el alma, que aun no ha renunciado á sus eternas esperanzas?

En

En tercer lugar; en las demás dudas, el número de los que se hallan en igual peligro que nosotros, puede asegurarnos; los arbitrios de que aun podemos lisonjearnos nos dexan mas tranquilos; finalmente, lo peor que puede suceder es que la sorpresa nos sirva de instruccion, que nos enseñe á costa nuestra á vivir en adelante con mas cuidado: Pero en esta terrible duda, Católicos, en nada disminuye nuestro peligro el número de los que corren el mismo riesgo que nosotros: Todos los arbitrios con que nos podemos lisonjear en el lecho de la muerte, por lo comun, no son mas que ilusiones, y la misma religion que nos los facilita, casi nada espera de ellos. Finalmente, la sorpresa no tiene remedio: Como no morimos mas que una vez, no podemos aprovecharnos de nuestra imprudencia para otra ocasion. Es verdad que nuestra desgracia nos desengaña, pero estas nuevas luces que disipan nuestro error, siendo inútiles por la inmutabilidad de nuestro destino, no son mas que unas luces crueles que nos atormentarán eternamente; serán la mas dolorosa materia de nuestro suplicio, y no sábias reflexiones que puedan conducirnos al arrepentimiento.

¿Con qué podreis, pues, justificar ese profundo é incomprensible olvido en que vivís acerca de vuestro ultimo día? ¿Con la juventud, que parece prometeros una larga sucesion de años? ¿Con la juventud! Joven era el hijo de la viuda de Naím, pero la muerte no respeta edades ni puestos. ¿Con la juventud! esa misma dá mas motivo para temer; las costumbres licenciosas, los placeres excesivos, las pasiones desenfrenadas, los excesos de los banquetes, los movimientos de la ambicion, los peligros de la guerra, el ansia por la fama, y los deseos de la venganza son la causa de que la mayor parte de los hombres acaben su carrera en esta florida edad. Adonás hubiera llegado á ser viejo, si no hubiera sido sensual: Absalón, si no se hubiera entregado á la ambi-

Hh 2

cion;

ción ; el hijo del Rey de Sichem , si no hubiera amado á Dina ; Jonatás , si la fama no le hubiera abierto el sepulcro en las montañas de Gelboé . ¡ Con la juventud ! No quisiera renovar el dolor , y aumentar las lágrimas que aun están corriendo : No quisiera exasperar la herida que aun está arrojando sangre , y que durará largo tiempo en el corazón del gran Principe que me oye . Una joven Princesa , que era las delicias de la Corte , un Principe joven , esperanza del estado , el mismo hijo , precioso fruto de su casto amor y de los públicos votos ; todos acaban de ser arrebatados en un instante por la muerte inexorable ; y este augusto Palacio , que pocos dias há estaba lleno de tanta gloria , de tanta Magestad y magnificencia , parece que ha quedado hecho para siempre casa de luto y de tristeza . ¡ Con la juventud ! ¡ Qué feliz sería la Francia si se pudiera contar seguramente con ella ! ¡ Ah ! Esta es la edad de los peligros , y el mas frecuente escollo de la vida .

¿ Pues en qué podeis fiaros , Católicos ? ¿ Acaso en la robustéz de la complexion ? ¿ Pero qué os parece que es la salud mas robusta ? Una pavesa , que se apaga con un soplo : Un dia de enfermedad basta para destruir el cuerpo mas robusto del mundo . No quiero meterme en examinar si acaso os lisongeis demasiado en este punto ; si los desordenes de vuestra primera edad os están interiormente anunciando la muerte : Si las enfermedades habituales os están anticipadamente abriendo las puertas del sepulcro ; si algunos fatales indicios os amenazan con un accidente repentino ; quiero concederos que se dilaten vuestros dias aun mas allá de vuestras esperanzas : Pero , Católicos , ¿ puede pareceros de mucha duracion lo que necesariamente se ha de acabar ? Mirad al tiempo pasado ; ¿ dónde están vuestros primeros años ? ¿ Qué han dexado en vuestra memoria mas que un sueño nocturno ? Soñais que habeis vivido , y esto es lo mas que os ha quedado de vuestra vida : El tiempo que ha pasado desde vuestro

tro nacimiento hasta el dia de hoy , no es mas que como una rápida saeta , que apenas habeis visto pasar . Aun quando hubierais empezado á vivir desde el principio del mundo , no os pareceria mas verdadero el tiempo pasado ; mirariais todos los siglos que nos han precedido como rápidos instantes , todos los pueblos que ha habido , y han desaparecido en el universo , todas las revoluciones de los Imperios y Reynos , todos los grandes sucesos que sirven de adorno á nuestras Historias no os parecerian mas que distintas scenas de un espectáculo , que hubierais visto acabarse en un dia ; acordaos de las victorias , de las conquistas , de los famosos tratados , y de las magnificencias y gloriosos sucesos de los primeros años del reynado presente ; aun parece que los estais tocando con la mano ; vosotros no solamente los visteis , sino que fuisteis participantes de los peligros y de la gloria ; en nuestros anales se conservarán para la posteridad , pero ya no son para vosotros mas que un sueño y un relampago que ha desaparecido , y que cada dia le vá borrando mas de vuestra memoria ; ¿ y qué será del corto camino que os falta que andar ? ¿ Os parece que los dias que están por venir han de tener mas realidad que los pasados ? Los años , quanto mas lejos están de nosotros , parecen mayores , pero luego que llegan , desaparecen , se nos huyen en un instante ; y á un volver de cabeza , como si fuera encanto , nos hallamos en el fatal termino que aun nos parecia estar lejos , y que nunca habia de llegar ; contemplad como visteis al mundo en vuestros primeros años , y cómo le veis ahora ; una nueva Corte ha sucedido á la que visteis en vuestra primera edad , se han dexado ver en la scena otros nuevos personajes , y otros nuevos actores han ocupado el lugar de los primeros ; las alabanzas , las burlas y las censuras públicas recaen ya sobre nuevos sucesos , sobre nuevas máquinas , sobre nuevas pasiones , y se ven nuevos heroes en la virtud como en el vicio ; un nuevo mundo se ha levantado insensiblemente

mente, y casi sin que lo hayais conocido, sobre las ruinas del primero; todo pasa con vosotros, y como vosotros; un rápido torrente, incapaz de ser detenido lo arrebató todo, y lo sepulta en los abysmos de la eternidad; nuestros mayores nos allanaron ayer el camino, y nosotros vamos á dexasle libre para los que nos han de suceder; las edades se renuevan, la figura de este mundo pasa sin cesar; los muertos y los vivos se suceden, y reemplazan continuamente, nada permanece, todo se muda, todo se destruye, y todo se acaba; solo Dios permanece el mismo; el torrente de los siglos, que arrebató á todos los hombres corre en su presencia, y está viendo con indignación á unos flacos mortales llevados de este rápido curso, que le insultan al tiempo de pasar, que quieren colocar toda su felicidad en este solo instante, y que al salir de allí caen en manos de su ira y su venganza. Ahora bien, ¿dónde están entre nosotros los Sabios, dice el Apostol? ¿Podrá merecer este titulo un hombre, aunque sea capaz de gobernar todo el universo, si se olvida de lo que ha de ser?

No obstante esto, Católicos, ¿qué impresion hace en nosotros la inestabilidad de las cosas perecederas? ¿Qué impresion hace en nosotros la muerte de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros rivales, y de nuestros dueños? No pensamos en que hemos de tardar poco tiempo en seguirlos; solamente pensamos en vestirnos de sus despojos; no pensamos en el poco tiempo que han gozado de ellos, sino solamente en el gusto que tuvieron en poseerlos; nos damos prisa los unos á aprovecharnos de las ruinas de los otros; nos parecemos á aquellos indiscretos Soldados, que en lo mas fuerte de la pelea, y al mismo tiempo que sus compañeros caen muertos á su lado por la espada y el fuego de los enemigos, se eargan con ansia de sus vestidos, y apenas se los han puesto, quando un mortal golpe les quita con la vida aquel loco adorno que acababan de ponerse. De este modo, el

hi-

hijo se viste con los despojos de su Padre, le cierra los ojos, le sucede en su puesto, en su fortuna, y en sus dignidades; dispone la pompa de su funeral, y se retira mas ocupado con los nuevos titulos que acaba de heredar, que instruido con los ultimos consejos que le dió su Padre al tiempo de morir, y que afligido de su pérdida, ó á lo menos desengañado de las cosas de la tierra con un espectáculo que le pone á la vista su nada, y que le anuncia incesantemente el mismo destino; tampoco nos sirve de mas util instruccion la muerte de los que nos rodean; uno dexa un puesto vacante, é inmediatamente os dáis prisa á pedirle; otro se os adelanta un grado en la milicia, muere, y con él espiran las pretensiones que os servian de estorvo; otro con su muerte os dexa el lado, y el favor del Soberano, quando él era el único que os le podía disputar; finalmente, otro os acerca á una dignidad que os abre los caminos á una elevacion á que no podiais aspirar hasta su muerte; con esto os animais, tomais nuevas medidas, y formais nuevos proyectos; y así en vez de desengañarnos con el exemplo de los que vemos desaparecer, salen de sus cenizas unas funestas chispas, que encienden nuestros deseos, y nos unen mas al mundo; y la misma muerte, aquella imagen tan triste de nuestra miseria, aviva mas las pasiones entre los hombres, que todas las ilusiones de la vida: ¿Pues qué cosa podrá separarnos de este mundo miserable, quando la misma muerte solo sirve de apretar mas los lazos, y confirmarnos en el error que nos une á él?

Católicos, no os pido mas de que deis lugar á vuestra razon para reflexionar. ¿Quáles son las consecuencias naturales que la prudencia, por sí sola, debe sacar de la incertidumbre de la muerte?

Primeramente: la hora de la muerte es incierta, cada año, cada dia, cada instante puede ser el último de nuestra vida: luego es locura tener apego á lo que ha de pasar en un instante, y perder de este modo el único bien que

que nunca se ha de acabar. Luego quanto haceis solamente por la tierra; lo debeis tener por perdido; pues en ella á nada vivís unidos, ni podeis contar en ella con nada, y solamente habeis de sacar de ella lo que hubiereis hecho para el cielo. Luego todos los reynos del mundo, y toda su gloria no debén contrapesar, ni por un instante, á los intereses de vuestra eternidad; pues la mayor fortuna no es capáz de aseguraros mas días de vida, que la mas corta; y la unica utilidad que podeis sacar del mayor número de años, es un pesar mas amargo, quando estando para morir, tengais que separaros para siempre de la vida. Luego todos vuestros cuidados, todas vuestras ansias, y todos vuestros deseos deben reunirse para proporcionaros una fortuna mas durable, y una felicidad eterna que nadie os pueda quitar.

En segundo lugar; es incierta la hora de vuestra muerte: luego debeis morir cada día, no executar accion alguna en que quisierais ser sorprendidos; mirar todos vuestros pasos, como pasos de un moribundo, que en todos los instantes está esperando que le vengán á pedir su alma; hacer todas vuestras obras como si inmediatamente hubierais de ir á dar cuenta de ellas; y supuesto que no está en vuestras manos el tiempo futuro, arreglar de tal modo el presente, que no tengais necesidad de lo por venir para repararle.

Finalmente: es incierta la hora de vuestra muerte. No dilateis, pues, vuestra penitencia, ni tardeis en convertirlos al Señor, porque el tiempo urge: si no podeis tener seguridad ni de un día, ¿por qué habeis de dilatar vuestra penitencia para un tiempo futuro é incierto? Si inadvertidamente hubierais tragado un veneno mortal; dilatariais para otro tiempo un remedio que instase, y que fuese el único que os pudiera conservar la vida? Pues la muerte que tenéis en vuestro seno no os permite dilaciones ni tardanzas: Este es el caso en que os hallais; si sois prudentes tomad al instante vuestras medidas; ya teneis la muerte en

vues-

vuestra alma, pues teneis en ella al pecado; daos prisa á aplicar el remedio; todos los instantes son preciosos para el que no tiene alguno seguro; la venenosa bebida que inficiona vuestra alma no puede tardar mucho en daros la muerte, pero la bondad de Dios aun os ofrece remedio; daos prisa, vuelvo á decir, á usar de él mientras que os dura el tiempo: ¿Es posible que ha de haber necesidad de animaros para que os determinéis? ¿No ha de bastar el manifestaros el beneficio de la curacion? ¿Hay acaso necesidad de exortar á un infeliz, á quien arrebatán las olas, á que haga esfuerzos para librarse del naufragio? ¿Por qué habia de ser necesario valernos de nuestro ministerio en este asunto? Ya tocáis á vuestra ultima hora, y en un abrir y cerrar de ojos ireis á parecer en el Tribunal de Dios. Aun podeis aprovecharos del instante que os resta; casi ninguno de los que veis morir se aprovecha de él; vosotros imitais su descuido, pues sabed que os espera la misma desgracia, y morireis como ellos, antes de haber empezado á enmendar vuestra vida; á ellos se les habia dicho lo mismo que nosotros os decimos; nada os mueve su desgracia; la infeliz suerte que os espera no servirá tampoco de escarmiento á aquellos á quienes se la anunciamos; esta es una sucesion de ceguedad, que pasa de padres á hijos, y se perpetúa en la tierra; todos queremos vivir mejor, y todos moriremos antes de haber empezado á vivir bien.

Estas son, Católicos, las mas naturales y prudentes reflexiones á que nos debe conducir la incertidumbre de nuestra ultima hora; pero si por ser incierta la hora es imprudencia en vosotros el no pensar en ella mas que si nunca hubiera de llegar, lo terrible y espantoso de su seguridad escusa aun mucho menos la locura de apartar de vosotros esta triste imagen, como capáz de alterar el reposo y tranquilidad de esta vida: Esto es lo que me falta que explicar.